EL REPERTORIO MODERNO
GALERÍA DRAMÁTICA

SUEGRA Y ABUELA

COMEDIA EN DOS ACTOS

ARREGLADA DEL FRANCÉS Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON J. NOMBELA

MADRID.—1873
AGENCIA TEATRAL DEL REPERTORIO MODERNO
OFICINAS
Teatro Español, calle del Príncipe

SUEGRA Y ABUELA

COMEDIA EN DOS ACTOS

ARREGLADA DEL FRANCÉS Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON J. NOMBELA

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
3680

MADRID.—1873
AGENCIA TEATRAL DEL REPERTORIO MODERNO
OFICINAS
Teatro Español, calle del Príncipe

Personajes.	Actores.
LAURA.	Srta. Mendoza.
D.ª EFIGENIA.	Sra. Valverde.
ISABEL.	Srta. Dominguez.
EDUARDO.	Sr. Mario.
D. COSME.	Alisedo.
FEDERICO.	Maza.
D. CANDIDO.	Ponzano.
JOSE	Garcia.
UN NIÑO de cuatro años.	

Madrid. Epoca actual.

La propiedad de esta obra pertenece á la Agencia teatral *El Repertorio Moderno*, la cual se reserva todos los derechos que le garantizan las leyes, con arreglo á las cuales queda hecho el correspondiente depósito.

La Agencia teatral *El Repertorio Moderno* es la encargada de su administracion en provincias y Ultramar.

Imp. de M. G. Hernandez, San Miguel, 23.

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

ACTO PRIMERO.

Sala con puertas laterales y en el fondo. Un velador en medio, sobre el cual hay un álbum, una cartera, un canastillo de costura, un libro y una campanilla. Sofá á la derecha y sillas volantes.

ESCENA PRIMERA.

LAURA y DOÑA EFIGENIA.

Las dos sentadas; D.ª Efigenia á la derecha del velador, bordando; Laura dibuja.

D.ª EFIG. (Viendo á Laura levantarse á escuchar.) Pero, muchacha, tienes hormiguillo? No haces más que levantarte.

LAUR. Creí que habian llamado.

D.ª EFIG. A quién esperas?

LAUR. (Sentándose.) A mi marido. Desde hace algunos dias está preocupado. Apenas amanece, sale de casa, y cuando le pregunto á dónde va, me responde que á tomar el aire. No te parece estraño que un marido salga de madrugada á tomar aire?

D.ª EFIG. Y mucho; pero no hay que hacerse ilusiones: los maridos no son lo que nos figuramos cuando somos solteras, y eso que tú no puedes quejarte. En el año que llevas de casada, Eduardo te ha tratado bien, y

862.8
T2553
v.171
725043

hasta ahora no hay motivo para reñirle. No es como tu padre, que el dia en que nos casamos, se olvidó por la noche de que habia recibido la bendicion nupcial, y, cogiendo el sombrero, se iba á la tertulia, como tenia de costumbre..... si yo no le detengo.....

LAUR. Pero, á dónde irá Eduardo tan temprano? Por más que me devano los sesos, no atino.....

D.ª EFIG. Tranquilízate, hija mia; tu marido sabe que estamos aquí para cuidarte, y puede ser muy bien que le haya recetado el médico paseos matinales. Te falta algo, teniendo aquí á tu madre? (Se oye un campanillazo.) Lo que es ahora han llamado.

LAUR. Es él, mamá, voy á reñirle.

D.ª EFIG. No hagas tal, hija mia, tu marido no es hasta ahora culpable: eso seria levantar la caza.

ESCENA II.

Las mismas, EDUARDO.

EDUARD. (Que entra por el fondo tarareando, se dirige á su esposa.) Buenos dias, querida Laura, cómo has pasado la noche?

LAUR. A usted qué le importa, caballero? De dónde viene usted?

EDUARD. De dónde? De la direccion de la Deuda. He ido al señalamiento de los cupones, y habia tanta gente, que he tenido que hacer cola. Ya se ve, la Hacienda es tan poco hacendosa..... y gracias á que despues de esperar dos ó tres horas me han señalado para dentro de tres ó cuatro años.—Buenos dias, mamá suegra, á juzgar por esa cara no está usted de muy buen humor?

D.ª EFIG. No me falta motivo; he recibido carta de Alcalá.

EDUARD. Ha escrito Federico? Tambien á mí.

D.ª EFIG. Sí, ha escrito, y me dice: «Querida mamá: Enviame

RECIMCU

dinero, pero que no lo sepa papá.» Y á su padre le ha escrito: «Envíame dinero, pero que no lo sepa mamá.»

EDUARD. Hé aquí el tercer ejemplar. (Enseña una carta.)

D.ª EFIG. (Leyéndola.) «Envíame dinero, pero que no lo sepan ni papá, ni mamá.»

EDUARD. El alférez promete.

D.ª EFIG. Pero para qué necesitará tanto dinero?

EDUARD. La paga de los subtenientes es tan mezquina, y hay tantas ocasiones de gastar, aun en Alcalá.....

D.ª EFIG. Me dá un miedo! Federico tiene una cabeza destornillada, y como se vé solo, es capaz.....

EDUARD. Pues; de lo que es capaz un alférez. (Aparte.) (De buena gana enviaria á mi suegra de guarnicion.) Por otra parte, Federico es muy débil de carácter, y los amigos..... usted no puede figurarse lo que son los amigos; Dios sabe, Dios sabe lo que proyectará el muchacho.

D.ª EFIG. Ay! Vírgen santa! Segun eso, ¿sospecha usted que puede correr algun peligro?

EDUARD. Psch! La poca edad, las.....

D.ª EFIG. Deberia aconsejarle, no es cierto? El consejo de una madre siempre es bueno.

EDUARD. Ya se vé que sí. Hasta deberia usted ir á Alcalá. (Aparte.) (Y quedarse allí.)

D.ª EFIG. Si no fuera por la distancia.....

EDUARD. ¿Qué distancia? En el ferro-carril se vá en una hora; y aun cuando así no fuera, qué obtáculos no vence el corazon de una madre? Si yo estuviera en el caso de usted, partiria inmediatamente á Alcalá; á Alcalá, la patria de las almendras y de los doctores..... Es cierto que nos quedariamos muy tristes, sobre todo yo; pero cuando se trata de salvar á un hijo...

D.ª EFIG. Sí, pero, y mi hija?

EDUARD. Su hija de usted ya está casada, y no corre peligro.

D.ª EFIG. Mi hija necesita aun más de mí que su hermano.

EDUARD. Poco á poco, señora; yo estoy aquí y creo que basto.

D.ª EFIG. Oh! No es la misma cosa un marido que una madre.

EDUARD. Naturalmente.

D.ª EFIG. Me quedo, me quedo. (Tiende la mano á su hija, y ésta

la estrecha.) Escribiré á Federico cuatro carillas de consejos; con esto bastará.

EDUARD. (Aparte.) (Pues señor, es una lapa: no quiere soltarnos ni á tres tirones.)

D.ª EFIG. Ah! Por qué las madres tendran hijos? No disfrutan nada absolutamente de ellos. La Universidad, el colegio militar, el regimiento nos los roban para siempre, mientras que las hijas..... (Se levanta, se acerca á Laura y la abraza.) Oh! Tú no me abandonarás nunca, no es verdad?

LAUR. No, mamá, nunca.

EDUARD. (Aparte.) (Nunca!) Mira, (A Laura.) hace un tiempo magnífico. Quieres que le aprovechemos en dar un paseo?

LAUR. No me es posible. He ofrecido á mamá salir con ella á hacer visitas..... así es que te dejo en libertad.

EDUARD. (Aparte.) (Triste libertad! Cómo ha de ser!) Gracias.

LAUR. (A doña Efigenia.) Tu sombrero y tu abrigo están en mi cuarto. Ven, mamá.

D.ª EFIG. Espera. (Tira de la campanilla.) Tengo que dar una órden á José.

EDUARD. (Aquí tienen ustedes á un hombre casado, que no sabe qué hacer. Habrá todavía quien insulte á los pobres vagos!)

JOS. (Entrando.) Ha llamado el señor ó la señora?

D.ª EFIG. Yo! (Llevándosele aparte.) Vá usted á ir en seguida á la calle de Carretas á casa de Irma á pedirle.....

JOS. (Aparte.) Señora, lo siento mucho, pero el señorito Eduardo me ha mandado que vaya á la calle de Fuencarral. Con todo, si usted quiere.....

D.ª EFIG. No, no, ante todo, ejecute usted las órdenes de mi yerno. Ven, hija mia, ven.

LAUR. Adios, Eduardo, hasta luego.

ESCENA III.

EDUARDO y JOSÉ.

EDUARD. José, corre en seguida á casa de mi sastre, calle de la Victoria, y pídele.....

JOS. Señorito, lo siento mucho, pero la mamá de la señorita acaba de mandarme que vaya á la calle de Felipe V. Con todo, si usted desea.....

EDUARD. No, no, en primer lugar obedece á mi suegra. (Aparte.) (Iré yo solo, con eso mataré el tiempo.)

JOS. Me parece que está usted triste, señorito..... Si yo me atreviera..... como me tomo tanto interés por la casa..... ya se vé..... cuando uno come el pan..... así es que me dá pena verle á usted tan cabizbajo. Por qué no lee usted, señorito, para distraerse? Aquí hay periódicos. (Le designa uno.)

EDUARD. Vaya una distraccion!

JOS. Ya veo que no acierto á distraer al señorito, y aunque esto me produce mucha pena, no tengo más remedio que presentar mi dimision.

EDUARD. Cómo! Tambien tú?

JOS. Ay, señorito! En esta casa no se puede vivir. Usted me parece bueno y se lo voy á decir todo.

EDUARD. Sí, hombre, sí, habla..... te lo permito.

JOS. Son cuatro amos á mandar y yo solo para obedecer; por eso no estoy contento, y como sé que usted tampoco lo está.....

EDUARD. De cuando acá lo sabes?

JOS. Cuando se tiene cierta esperiencia de las cosas del mundo, eso se adivina; luego alguna que otra palabrilla que se le escapa á usted en la mesa.....

EDUARD. Segun eso tú escuchas lo que hablamos?

JOS. Así me distraigo mientras sirvo.

EDUARD. Y, como es natural, repites lo que oyes, en la portería, en la tienda de comestibles.....

JOS. Oh, no señor! Soy más diplomático que todo eso: en todas partes digo que reina una paz asombrosa en esta casa.

EDUARD. (Con ira.) No dices más que la verdad.

JOS. Ya lo sé, y no puedo ménos de admirar y elogiar, como se merece, la paciencia que tiene usted, señorito. Yo he servido en muchas casas; y en todas, las suegras andaban á la greña con sus yernos. Pero aquí la mamá de la señorita es tan buena, tan complaciente con usted.....

EDUARD. Ya se vé que es buena, buenísima, demasiado buena.

JOS. Cuántos querrian tenerla al lado!

EDUARD. Bien, sí; pero tú vete ahora mismo con dos mil de á caballo.

JOS. Me voy, señorito, me voy; precisamente queria decir á usted que me buscase un sucesor.

EDUARD. Se buscará. (Aparte.) (Dichoso criado! Por lo visto, la libertad se halla en la servidumbre. Este esclavo puede marcharse cuando le dá la gana, y yo, el hombre libre por excelencia, no tengo más remedio que sufrir el pegajoso cariño de mi suegra!) José!...

JOS. Señorito!....

EDUARD Dime, ese D. Cándido, el de la cofradía, viene muy á menudo?

JOS. Dos veces al dia nada más.

EDUARD. Y dime, tú que lo vés todo, que lo oyes todo, has descubierto algo?

JOS. Tengo yo un ojo.....

EDUARD. Lo que necesito es que tengas lengua. Qué sabes? con qué fin viene aquí D. Cándido?

JOS. O mucho me engaño, ó sus intenciones no son tan cándidas como él.

EDUARD. Pues..... mi suegra, que todavía se conserva bien, le habrá flechado.

JOS. No me estrañaria. Hay gustos que merecen..... pero me parece que va por otro camino.

EDUARD. Cómo se entiende? Te atreverás á sospechar.....

JOS. Cá, no señor, yo no sospecho.....

EDUARD. (Aparte.) No me habia equivocado.

JOS. Señorito, tiene usted algo más que preguntarme?

EDUARD. No, vete, que aquí viene mi suegro.

JOS. (Aparte.) Muy nervioso está hoy el señorito; si habrá tormenta?

ESCENA IV.

EDUARDO y DON COSME.

D. COSM. (Entregando una factura á Eduardo.) Toma, Eduardo, to-

ma, y atrévete á decir que un suegro no es un banquero que da el cura con su esposa á un marido.

EDUARD. La cuenta de mi sastre pagada! No, no puedo permitir.....

D. COSM. Pero, hombre, estás en tu juicio? Ya quisieran todos los que deben á los sastres estar como tú!

EDUARD. Es verdad, y le doy á usted gracias. Pero hay una cosa que le agradeceria más, mucho más que el pago de mis deudas.

D. COSM. Cuál, hijo mio, cuál?

EDUARD. El ver á usted salir á paseo con su esposa.

D. COSM. Yo pasear con mi mujer! jé..... jé..... jé..... qué cosas tienes. Por ventura no sabes que llora lo mismo en la calle que en casa? Nada la contiene, es tan sensible, que lloraria aun cuando le tocara el premio grande.

EDUARD. Ah! Es usted muy injusto burlándose de ella, porque es una sensitiva.

D. COSM. No me burlo; pero, acaso no te quejas tú de ella tambien?

EDUARD. Es la misma perfeccion; solo tiene un defecto para mí.

D. COSM. Uno nada más?

EDUARD. Uno, el de ser madre de su hija. Su carácter es afable, su bondad inmensa; nos colma de beneficios, y, lo repito, el único defecto que la encuentro, es ser mi suegra; pero, por la misma razon de que su hija es mi esposa, nos hallamos colocados uno respecto de otro en una posicion escepcional, difícil, imposible; somos dos adversarios, dos rivales. Ella procura conservar el corazon de su hija, y yo me esfuerzo en conquistarle. Nada más natural. Qué soy yo á sus ojos? Un estraño, un intruso, que procura robarle las caricias que ha recibido durante tantos años, y á las cuales tiene tantos derechos.

D. COSM. No te falta razon, y yo voy más allá que tú. Mi mujer está más cerca de tu esposa de lo que es razonable; pero no tengas cuidado, yo te prometo.....

EDUARD. El caso es que Laura, como es buena, la obedece en todo y por todo, y por obedecerla, no se cuida de amar á su marido, á quien apenas le han dejado

tiempo de conocer. Ahora bien, mi querido papá político, no le parece á usted que esta situacion se prolonga demasiado?

D. Cosm. Acaso abrigas la idea de abandonarnos?

Eduard. Tanto como eso, no; pero, en fin.....

D. Cosm. Desventurado! reflexiona en el dolor que causarias á mi mujer! Sus ojos serian entonces las cataratas del Niágara. Nada, nada, una transaccion es lo mejor. Yo te prometo, aunque vivamos en la casa, separar nuestras respectivas habitaciones con un cordon sanitario que te preserve de tu suegra. En lo sucesivo, podrás vivir á tus anchas y enseñar á tu esposa á depender de tí, más que de su madre. Créeme, hijo mio, quédate, y no te arrepentirás de la palabra que nos has dado al casarte, de no separarnos nunca de nuestra hija.

Eduard. En mal hora hice esa promesa.

D. Cosm. Cálmate, y ven conmigo á comer al casino, verás qué escelente comida nos dan.

Eduard. Gracias.

D. Cosm. Qué, no quieres venir? Lo siento, porque te divertirias. Allí se charla, se tira de la oreja á Jorge, se..... pero mira, piénsalo un poco, y quizás cuando vuelva te decidas á venir conmigo. Además.....

Eduard. Una palabra.

D. Cosm. Habla, habla.

Eduard. Ayer he estado á ver á mi tia, la generala, que, como sabe usted, recibe los lunes, miércoles y viernes. Me han hecho unas preguntillas tan insidiosas acerca de ese D. Cándido que viene á vernos, que me están escociendo.

D. Cosm. Bah! qué, te figuras que viene con algun fin?

Eduard. Aun no lo sé; pero en el caso de que ese hombre viniese aquí, so pretesto de las cofradías, á hacerme á mí cofrade, no tendria derecho para considerarme libre de la palabra que he dado á ustedes?

D. Cosm. En primer lugar, lo que supones es inverosímil. D. Cándido no tiene más que veinticinco años, aunque represente más, y á esa edad no agradan las muchachas, lo que agradan, son las jamonas..... pero,

calle, ahora que me acuerdo, estoy tranquilizándote, y los argumentos que te favorecen á tí, me perjudican á mí.

EDUARD. A usted? De ningun modo; pero yo me prometo averiguar qué fines le traen por aquí.

D. COSM. Me necesitas para algo?

EDUARD. No señor, yo solo le arreglaré las cuentas.

D. COSM. Es decir, qué no tendré necesidad de renunciar al casino?

EDUARD. No señor.

D. COSM. Ah! respiro. En ese caso, hasta despues.

EDUARD. Hasta despues. (Vase Eduardo por la pnerta derecha.)

ESCENA V.

DON COSME y DOÑA EFIGENIA.

D. COSM. Mi mujer! me alegro; con eso le diré lo que hace al caso. Efigenia.....

D.ª EFIG. Qué quieres?

D. COSM. He hablado largamente con Eduardo, y has de saber que no está contento, que piensa formalmente en.....

D.ª EFIG. En separarnos de Laura?

D. COSM. Eso es precisamente lo que proyecta.

D.ª EFIG. Ah! Dios mio! Dios mio! (Lorando.)

D. COSM. Ya empezamos? Vaya, adios.

D.ª EFIG. (Deteniéndole.) Pero él no tiene derecho para arrebatarnos á nuestra hija; aceptó nuestras condiciones, empeñó su palabra.

D. COSM. Ya se ve que la empeñó, y no faltará á ella; pero si tuviese motivo de queja, nosotros deberíamos relevarle del compromiso.

D.ª EFIG. Pero, cómo ha de quejarse de mí? Qué le hago yo?

D. COSM. Exacerbarle. Ya te lo he dicho mil veces: estás más cerca de tu hija de lo que conviene. Ya sé que es el cariño quien te obliga á permanecer constantemente á su lado; pero Eduardo no estará contento en casa, hasta que logremos convencerle de que él es aquí tan amo como nosotros.

D.ª Efig. Pues qué, no son distintas nuestras habitaciones?

D. Cosm. Ya se vé que lo son; pero aun así, siempre estás en esta sala, que es de ellos.

D.ª Efig. Es que en mi gabinete hace mucho frio.

D. Cosm. Enciende la chimenea..... y además..... Deseas ó no conservar á tu hija? Sí ó no.

D.ª Efig. Que si lo deseo? Dios mio! (Llora.)

D. Cosm. Pues bien: el único medio de conservarla es..... ya me comprendes.

D.ª Efig. Tienes razon; yo te juro que no habrá sacrificio que no arrostre, que me estaré todo el dia en mi cuarto...

D. Cosm. Eso es; pero al mismo tiempo continuarás mimándoles y haciéndoles regalos.

D.ª Efig. Sí, sí, tendré diplomacia.

D. Cosm. Muy bien.

D.ª Efig. Me anticiparé á sus deseos.

D. Cosm. Perfectamente.

D.ª Efig. Todos los dias le proporcionaré alguna sorpresa agradable.

D. Cosm. Sublime! De ese modo labrarás la felicidad de nuestra hija.

D.ª Efig. (Llorando.) Su felicidad! Oh, Dios mio, Dios mio!

D. Cosm. Qué es eso?.... vuelves á gimotear?

D.ª Efig. Pues qué, no es triste tener que renunciar á labrar la ventura de una hija?

D. Cosm. Eso no es amor, es egoismo.

D.ª Efig. (Llorando siempre.) Lo que quieras, pero mi amor..... Ah! se me olvidaba; te he comprado media docena de corbatas; allí las tienes en tu cuarto.

D. Cosm. (Imitando su gimoteo.) Quieres decirme por qué lloras, á propósito de las corbatas?

D.ª Efig. Es que me ahogo; es que la, el.....

D. Cosm. Vaya, me voy, porque si no va á caerme encima el diluvio universal. Hasta más ver. (Se va D. Cosme.)

D.ª Efig. Adios..... Tiene razon, no permaneceré ni un solo momento en esta sala, ni un solo momento. (Se sienta en el sofá.)

ESCENA VI.

DOÑA EFIGENIA y EDUARDO.

EDUARD. Qué es eso, han vuelto ustedes?

D.ª EFIG. (Levantándose.) Ya me voy, ya mé voy, ya sé que pertenece á usted esta sala, que yo no tengo derecho á estar en ella.

EDUARD. Cuán buena es usted!

D.ª EFIG. Qué le parece á usted este dibujo de tapicería? (Toma el dibujo de la canastilla que habrá en el velador.)

EDUARD. Excelente.

D.ª EFIG. Son unas zapatillas que le estoy bordando á usted.

EDUARD. Cuando digo que es usted lo más amable, lo más.....

D.ª EFIG. Qué tiene de extraño? No es usted el marido de mi hija, de mi hija, á quien idolatro? No es usted?.. pero no quiero importunarle más tiempo. Adios. (Se vá y vuelve.) Eduardo, no es verdad que no se llevará usted á mi hija?

EDUARD. Cuánto la quiere usted!

D.ª EFIG. No he de quererla si es toda mi alegría, todo mi consuelo? Seria tan desgraciada sin ella! Mi marido no es malo, pero es un témpano de hielo; no me ha comprendido, y ha preferido abandonarme para continuar viviendo en el Casino. Ah! No es verdad que me dejará usted morir en los brazos de mi hija?

EDUARD. Morirse! Sí, señora! todo lo que usted quiera.

D.ª EFIG. Gracias, hijo mio, gracias.

LAUR. (Entrando por la izquierda.) Mamá, mamá, me está bien este lazo?

D.ª EFIG. Aquí tienes á tu esposo, que te dirá su opinion; yo me retiro, no quiero ser molesta. Adios, hijos mios, adios.

ESCENA VII.

LAURA, EDUARDO.

LAUR. Qué es lo que tiene mamá?

EDUARD. Hum!

LAUR. Qué te parece el lazo?

EDUARD. Encantador.

LAUR. Es un regalo de mamá.

EDUARD. Esto más? Rompa usted con unas personas que le están regalando á todas horas.....

LAUR. Qué tienes, Eduardo? Desde hace algunos dias no te reconozco.

EDUARD. Es que desde hace algunos dias estoy nervioso, y me parece que si se les permite á las mujeres tener nervios, los hombres se hallan en el mismo caso.

LAUR. Eso lo que me prueba es que estás disgustado. Dime qué te falta. No estás contento aquí?

EDUARD. Me falta..... me falta..... Es inútil que te lo diga, no me comprenderias.

LAUR. Sin embargo.....

EDUARD. Hablemos de otra cosa. Has empezado á leer la novela que te traje ayer?

LAUR. No, querido mio; mamá la vió sobre la mesa y me prohibió que la leyera.

EDUARD. Pero hombre.... quién le manda á mamá meterse... pues qué, no puedo yo darte los libros que me acomode? Quiero que leas esa novela.

LAUR. Bien hombre, la leeré, pero no se lo digas á mamá, porque me reñiria.

EDUARD. Laura, eres una niña.

LAUR. Soy tu esposa, pero.....

EDUARD. Ten confianza en mí; haz lo que te aconseje y no tiembles delante de tu madre.

LAUR. Haré lo que tú quieras, porque al fin soy tu esposa.

EDUARD. Mi esposa, ah! Mira, ven á sentarte aquí conmigo, (Se sientan cerca del velador.) estamos solos, lo que nos sucede muy raras veces; no debemos perder tan preciosos instantes. Tengo tantas cosas que decirte...

LAUR. Habla, habla; te escucho con toda el alma.

EDUARD. Pues has de saber.....

ESCENA VIII.

Dichos, DOÑA EFIGENIA.

D.ª EFIG. No se molesten ustedes, no se molesten ustedes;

dos palabras y me voy. Laura, te acuerdas cuánto tienen de largo las cortinas de tu cuarto?

LAUR. Dos metros y medio.

D.ª EFIG. Con el dobladillo?

LAUR. No; sin el dobladillo.

D.ª EFIG. Gracias. (Se va y vuelve.) Ah! no has visto mis tijeras?

LAUR. No.

EDUARD. (Con impaciencia.) No.

D.ª EFIG. No sé donde las he puesto; qué distraida soy, pues no las tengo en el bolsillo! Vaya, hasta luego. (Vase.)

ESCENA IX.

EDUARDO, LAURA.

EDUARD. Dime, hija mia, crees que es agradable verse interrumpidos así en lo mejor de.....

LAUR. Ya has visto que ha venido con la mejor intencion; va á hacer el dobladillo de las cortinas.....

EDUARD. Y á nosotros qué nos importan las cortinas? (Se levanta.)

LAUR. (Se levanta tambien.) Pero Eduardo.....

EDUARD. Nada, lo repito, esto es insoportable.

LAUR. Cálmate, hombre, cálmate.

EDUARD. Te has olvidado del disgusto que nos proporcionó al dia siguiente de nuestra boda, porque fuiste á darle los dias una hora más tarde que de costumbre?

LAUR. Cuánto lloré aquel dia.

EDUARD. Pues bien, desde el siguiente, para no tener que esperarte, tomó la costumbre de venir en persona á darnos los buenos dias una hora antes. Y desde entonces, por el dia, por la noche, á todas horas, con cualquier pretesto entra en nuestra habitacion sin preguntar siquiera si se puede pasar. No hay quien resista tanta tiranía. En mal hora consentí en esta asociacion; y lo peor es que esto promete durar toda la vida. No, no, es imposible.

LAUR. Acaso quieres separarme de mi madre?

EDUARD. No, porque he dado mi palabra, y, por otra parte, cómo romper con unos padres tan buenos, tan amables, tan afectuosos, tan generosos? Nos llamarian ingratos.

LAUR. Cálmate, Eduardo, cálmate. No tenias muchas cosas que decirme?

EDUARD. Sí, Laura mia, sí. (Se sientan en el sofá.) Necesito enseñarte á vivir. El mundo que nos espera, es un teatro, en donde á cada instante se hallan sorpresas, alegrías, peligros; y quiero preservarte de todos estos enemigos con mi amor, porque te amo, sí, te amo.

ESCENA X.

Dichos, DOÑA EFIGENIA.

D.ª EFIG. Un instante no más, no lo puedo remediar; hace ya mucho tiempo que no he dado un beso á mi hija, y parece que me falta algo.

LAUR. Querida mamá.....

D.ª EFIG. Díme, quieres las mangas del traje negro con bullones?

LAUR. No, mamá.

D.ª EFIG. Entonces, lisas?

LAUR. Sí, sí.....

D.ª EFIG. Corriente, ya verás cómo te gustan. Continúen ustedes, continúen ustedes. Ya ven ustedes que los dejo solos! A mí no me gusta estorbar. Hasta luego. (Váse.)

ESCENA XI.

LAURA y EDUARDO.

EDUARD. (Furioso.) Ponte la mantilla y vámonos.

LAUR. A dónde?

EDUARD. No lo sé. Necesito cambiar de aire, pasar algunas horas lejos de aquí; iremos á comer á Fornos, y desde allí, al teatro.

LAUR. Oh, qué felicidad! Pero, que dirá mamá?

EDUARD. Que diga mamá todo lo que quiera. Anda, ponte la mantilla.

LAUR. Si te empeñas..... pero al ménos, anúnciale.....

EDUARD. No tengas cuidado, yo me encargo de eso. (Váse Laura.)

ESCENA XII.

EDUARDO y DOÑA EFIGENIA.

D.ª EFIG. Laura..... Laura..... díme las señas de..... Calle! Dónde ha ido?

EDUARD. A su cuarto, se dispone á salir.

D.ª EFIG. A salir? Pero si no tenemos que ir á ninguna parte!

EDUARD. Por esa razon va á salir conmigo.

D.ª EFIG. Cómo! Los dos solos?

EDUARD. Somos ya grandecitos, no necesitamos ayo.

D.ª EFIG. Pero á dónde van ustedes?

EDUARD. En primer lugar á Fornos.

D.ª EFIG. A Fornos?

EDUARD. Y desde allí al teatro.

ESCENA XIII.

Dichos, LAURA.

LAUR. (Entrando con mantilla.) Sí, mamá, no te incomodarás.

D.ª EFIG. Yo nada tengo que ver en vuestras resoluciones; pero me parece que una mujer que se estima en algo, no va á comer á las fondas, ni.....

EDUARD. Poco á poco, señora. Laura es mi esposa y yo soy el único que tiene derecho para juzgar lo que le conviene ó no.

D.ª EFIG. Bien está; pues por eso me callo! y aun cuando sea cruel para una madre.....

LAUR. Todo puede arreglarse: que venga mamá con nosotros. (Eduardo hace un movimiento de impaciencia.)

D.ª EFIG. Yo! No en mis dias, y no comprendo como has podido imaginar..... Yo á Fornos!.... Vete, vete con tu esposo; quiere decir que comeré sola..... y eso que habia mandado á casa de Lardhy por un *Plum-pudding* para vosotros. (Esto lo dice sollozando.)

LAUR. (Llorando.) Mamá!

EDUARD. Vamos, vamos.

LAUR. Por qué no aplazamos la diversion para otro dia en que papá coma en casa?

EDUARD. No; quiero comer hoy fuera.

ESCENA XIV.

Los mismos y DON COSME.

D. COSM. Qué eso, has cambiado de parecer, vienes á comer al casino?

LAUR. Escelente idea! Mira, Eduardo, vete con papá y yo acompañaré á mamá.

D.ª EFIG. Tiene razon Laura.

LAUR. Anda, tonto!

D. COSM. Ven, hombre, ven, no ves que tu mujer te lo ruega?

LAUR. Hazlo por mí.

EDUARD. Puesto que te empeñas.....

D.ª EFIG. (Dándole el sombrero.) Vamos, vamos.

EDUARD. (Aparte.) (Oh! yo te arrancaré de aquí aunque no quieras.)

LAUR. Que te diviertas mucho. (Eduardo y D. Cosme salen por el fondo. Doña Efigenia se sienta á la izquierda del velador, Laura en frente de su madre.)

ESCENA XV.

DOÑA EFIGENIA, LAURA, JOSÉ y despues D. CÁNDIDO.

D.ª EFIG. Ahora que estamos libres de nuestros maridos, ocupémonos, hija mia, de la beneficencia. Dentro de ocho dias se celebrará la junta general y tenemos que preparar el balance.

LAUR. Arregló ya D. Cándido las cuentas de la última lotería?

D.ª EFIG. Me las ha prometido para hoy y no debe tardar. Empecemos nuestra tarea.

JOS. (Anunciando.) El Sr. D. Cándido. (Entra D. Cándido.)

D.ª EFIG. Oh! mi querido Sr. D. Cándido! Mi hija y yo esperábamos á usted con la mayor impaciencia.

D. CAND. Señoras mias. (Saca un papel y lo presenta á doña Efigenia.) Hé aquí la lista de los billetes que he logrado colocar.

JOS. (Entregando un papel á Laura.) Han traido esta factura para el señorito.

LAUR. De parte de quién?

JOS. De parte de Guerrero, el tapicero de la calle del Caballero de Gracia. (Se vá el criado. Laura coloca el papel sobre la mesa.)

D. CAND. Saben ustedes á punto fijo las cantidades que se han repartido á los pobres durante el año?

LAUR. No; la baronesa del Fresno se ha encargado ya de esa tarea.

D.ª EFIG. Yo he querido enviar esta mañana á José á casa de la baronesa, pero no ha tenido tiempo.

D. CAND. Sin embargo, es preciso tener hoy esa nota.

D.ª EFIG. Pues nada, como está cerca la casa de mi amiga, voy yo misma á recordárselo.

D. CAND. Por Dios, señora; estando yo aquí!

D.ª EFIG. Nada, nada, yo iré, de paso le haré una consulta. Usted puede ocuparse mientras tanto.....

D. CAND. Oh! ya se ve que me ocuparé, no crea usted que me

gusta estar ocioso; la ociosidad es madre de todos los..... Quiere usted decirme, señora, si podré colocarme en esta mesa (Señala el velador.) para arreglar un poco los papeles?

D.ª EFIG. Mejor será que venga usted al despacho de mi marido.

D. CAND. Obedezco con el mayor placer. (Vase, dirigiendo á hurtadillas miradas á Laura.)

ESCENA XVI.

DOÑA EFIGENIA, LAURA.

D.ª EFIG. En cuanto á tí, mi querida Laura.....

LAUR. (Llorando.) Ay, mamá, qué desgraciada soy!

D.ª EFIG. Qué te pasa, hija mia?

LAUR. Mi marido me engaña, por eso sale tan temprano todos los dias.

D.ª EFIG. Qué es lo que estás diciendo?

LAUR. Mira, mira esta factura que me acaba de entregar José.

D.ª EFIG. (Leyendo.) «Debe el Sr. D. Eduardo de Lara á don Ramon Guerrero, tapicero, un mueblaje de sala, dorado. Otro de damasco azul.....

LAUR. Otro boton de oro..... Otro.....» Dios mio! Dios mio!

D.ª EFIG. Colgaduras. (Llorando.) Una cama de matrimonio. Total, cuatro mil duros.

LAUR. Oh! eso es para una mujer, mamá!

D.ª EFIG. Cuanto daria por dudar!

LAUR. No dudes, no; pero yo te aseguro que me vengaré.

D.ª EFIG. Calmate, hija mia, calmate; mira que si te acaloras vas á ponerte mala.

LAUR. Traidor! Ingrato! Sabes lo que ha tenido la audacia de decirme hoy mismo?

D.ª EFIG. Qué, hija mia?

LAUR. Que quiere separarme de tí.

D.ª EFIG. Eso te ha dicho?

LAUR. Sí, mamá; lleva su crueldad hasta el punto de querer privarme de tu afecto.

D.ª EFIG. Pobre hija mia!

LAUR. Que venga, que venga á arrebatarme de tus brazos.

D.ª EFIG. Yo no lo consentiré nunca.

LAUR. Ni yo; de otro modo, quién me consolaria? No, mamá, no; yo no te abandonaré jamás.

D.ª EFIG. Qué buena eres!

LAUR. Aconséjame; qué debo hacer?

D.ª EFIG. Cuando le veas le dirás.....

LAUR. No, no le hablaré; le volveré la espalda y correré á pedirte auxilio.

D.ª EFIG. Eso es, eso es. Oh! qué bien he hecho en no salir para Alcalá. Vamos, hija mia, otro abrazo. Ah! los hombres, los hombres! (Vase por la izquierda.)

ESCENA XVII.

LAURA y D. CÁNDIDO.

D. CAND. (Presentándose.) Señora.

LAUR. Ah!

D. CAND. Soy yo; no se asuste usted.

LAUR. Usted, caballero, qué me quiere usted?

D. CAND. Estamos solos?

LAUR. Sí, señor, pero.....

D. CAND. He hecho todo lo que he podido para conseguir este momento. Tengo tantas cosas que decir á usted.....

LAUR. Corre prisa?

D. CAND. Y usted me lo pregunta?

LAUR. No podremos dejarlo para mañana?

D. CAND. Hace ya mucho tiempo que espero.

LAUR. Un dia más no importa.

D. CAND. Sin embargo, señora.....

LAUR. A propósito, D. Cándido, usted es mi amigo, no es verdad?

D. CAND. Amigo!.... Mucho más.

LAUR. Pues bien, hágame usted un favor.

D. CAND. Hable usted, señora.

LAUR. Corra usted á casa de Guerrero, el tapicero de la calle del Caballero de Gracia.

D. CAND. Sí, le conozco.

LAUR. Dígale usted que he oido hablar de los muebles y adornos para la nueva casa de D. Eduardo de Lara, y que desea usted verlos para mandarle hacer otros iguales, si le gustan.

D. CAND. Señora, yo no pienso hacer semejante cosa.

LAUR. Ya lo sé, pero gracias á este medio ó á algun otro podré saber las señas de esa casa.....

D. CAND. No comprendo.....

LAUR. No comprende usted que mi marido me engaña?

D. CAND. En el nombre del Padre y del Hijo!..... Es posible!

LAUR. Sí, Sr. D. Cándido, y quiero saber las señas de mi rival para sorprender á mi marido á sus pies y confundirlos á los dos. Me proporcionará usted esas señas?

D. CAND. Lo juro. Pobre abandonada!... Su causa de usted es tan justa! Ah! todo es lícito cuando se trata de castigar á nn culpable. Y aun haré más por usted: si usted no lo lleva á mal, la ayudaré á vengarse de su marido.

LAUR. Cómo, Sr. D. Cándido, cómo?

D. CAND. (Ah! si me atreviese! Si me atreviese! Pues señor, me atrevo.) Señora, yo la.... (Cae de rodillas á sus pies.)

ESCENA XVIII.

Los mismos, EDUARDO.

EDUARD. (Dando un golpecito en el hombro á D. Cándido.) Continúe usted, caballerito, continúe usted.

LAUR. Mi marido!

D. CAND. Caballero!

EDUARD. Qué, no quiere usted continuar? Por ventura he sido indiscreto llegando tan á tiempo?

D. CAND. Caballero, no piense usted.....

EDUARD. Qué quiere usted que piense? No sabe usted que yo le quiero mucho?..... (Coge su mano y la aprieta.)

D. CAND. Ay, ay, ay!

EDUARD. Pero por lo visto, usted tiene mucho que hacer, y como ya nos veremos más tarde, no quiero detenerle ahora. Vayase usted pronto, pronto!

D. CAND. Pero, caballero.....

EDUARD. Nada, nada, crea usted que no olvidaré el favor que me ha hecho. (Aparte á D. Cándido.) Si no se va usted pronto le voy á echar á palos.

D. CAND. En ese caso aprovecharé la amabilidad de usted para arreglar unos asuntillos, y... A los piés de usted, señora. (Aparte.) Piés para qué os quiero. (Vase por el foro.)

ESCENA XIX.

LAURA, EDUARDO, despues DON COSME, DOÑA EFIGENIA y JOSÉ.

EDUARD. Gracias á Dios que empiezo á disfrutar de libertad! (Cambiando de tono.) Me parece, señora, que despues de lo que acaba de pasar.....

LAUR. Déjeme usted en paz, caballero: todo ha concluido entre nosotros dos.

EDUARD. (Aparte.) (La factura ha producido efecto.) No descenderé, señora, hasta el punto de pedir á usted esplicaciones.

LAUR. No faltaba otra cosa, despues que me está usted engañando.

EDUARD. Qué quiere usted decir?

D. COSM. (Entra y llama aparte á Eduardo.) (Eduardo, Eduardo, mis temores son ciertos: el que corre peligro soy yo. He sorprendido á D. Cándido hablando con mi esposa en la antesala, y estaba muy encarnado. No te parece claro?....)

EDUARD. Lo que á mí me parece, es que le he sorprendido á los piés de mi mujer.

D. COSM. Eso es más grave.

EDUARD. Y estaba pálido, que es un color más claro aun.

D.ª EFIG. (Que ha entrado y que habla con Laura.) Es cierto?

LAUR. Sí, mama.

EDUARD. Pero no perdamos tiempo. (A Laura.) Quiere usted seguir á su marido?

LAUR. (Acercándose á su madre.) Mamá, mamá.

EDUARD. Es decir, que huye usted de mí? Perfectamente. Ya que vela usted tan bien por su hija (A D.ª Efigenia.) consérvela usted: yo me marcho. José!

JOS. Señorito?

EDUARD. Si traen algunas facturas para cobrar, envíamelas á la calle del Cármen, número 24, cuarto principal. Señoras..... caballero..... (Vase por el foro.)

LAUR. Ay, mamá que se va!

D.ª EFIG. Pobre hija mia! ven, ven á mis brazos y llora. (Las dos se abrazan y lloran.)

D. COSM. Lagrimas, siempre lágrimas, no se puede vivir en esta casa! Me vuelvo al casino.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegantemente adornado. En el foro una chimenea con espejo. reló y candelabros; á la izquierda un velador con un timbre; á los dos lados butacas. En el foro dos puertas, y otras dos á derecha é izquierda. Es de noche y están los candelabros encendidos.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL y JOSE.

José tiene un plumero con el que limpia el polvo de los muebles.

JOS. Ahí tienes el motivo por el cual me he resuelto á servir á D. Eduardo.

ISAB. Lo que creo es que te habrán despedido.

JOS. Estás en un error. He presentado mi dimision. Y tú de dónde sales?

ISAB. He perdido una breva. Figúrate que mi ama era viuda y rica.

JOS. Tenias compañeros?

ISAB. Cuatro nada ménos.

JOS. Respiro; si hubiera sido uno.....

ISAB. Eso quiere decir que ahora corro peligro?....

JOS. Al contrario; nuestro nuevo amo es jóven, rico, y podemos formar entre los dos una alianza, ofensiva y defensiva.

ISAB. Nada más?

JOS. Por ahora al ménos.....

ISAB. Es conveniente que cuando dos criados se reunen en una casa, tomen sus precauciones. Los amos son tan tiranos, tan.....

JOS. Pues yo te aseguro, mi querida Isabel, que si podemos entendernos, lo pasaremos aquí admirablemente. Para eso es necesario que renunciemos desde luego á todo sentimiento amoroso. El amor ofusca, y.....

ISAB. Tranquilízate; estoy curada de espanto.

JOS. Yo tengo mis ideas.....

ISAB. Y yo las mias.

JOS. Cuando me retire del servicio con algunos ahorros, iré á una aldea, buscaré la señorita más rica del pueblo, y me casaré con ella.

ISAB. Parece que nos hemos comunicado el plan. Donde tú pones señorita, pongo yo señorito.

JOS. Perfectamente. Veo que hemos nacido para comprendernos; y eso que.. .. y eso que, francamente, de algunos meses á esta parte te has puesto tan guapa.....

ISAB. Pues lo que es tú.... has perdido ya el pelo de la dehesa.

JOS. Mira..... el primer domingo que nos toque salir voy á llevarte á Apolo.

ISAB. Bailas tú?

JOS. Que si bailo? Vaya si bailo; pero no bailo solo. Quieres probar?

ISAB. Sí, vamos á *valsear*. (Dan unas cuantas vueltas de vals.)

JOS. Ay! Isabel, qué remonona eres. (Suena un campanillazo.) (Oportuno campanillazo; si no es por él, empezamos á resbalar.....) Anda á abrir, Isabel.

ISAB. No; eso te corresponde á ti. (Se sienta.)

JOS. No faltaba otra cosa; lo que es yo no abro. (Se sienta en una butaca.)

ESCENA II.

Dichos y EDUARDO.

EDUARD. Qué significa esto? (A José.) Corre á abrir.
JOS. Señorito, es que..... (Levantándose.)
EDUARD. Si no vas al instante, te hago andar de coronilla.
JOS. (Al marcharse y refunfuñando.) (Me parece que no voy á poder soportarle mucho tiempo.) (Vase por la derecha.)
EDUARD. (A Isabel.) Lo has arreglado todo ya?
ISAB. Sí, señor.
EDUARD. Perfectamente. Déjame ahora (Vase Isabel por el fondo.)
EDUARD. (Solo.) Ya sabia yo que vendria, y no hay duda; en el campanillazo la he reconocido. Es ella, mi querida esposa. (Aparece D. Cosme en la puerta.) Horror! mi suegro!!

ESCENA III.

EDUARDO y D. COSME.

D. COSM. Sí, señor; yo soy: su conciencia de usted. Me parece, caballero, que tendrá usted á bien esplicarme su inusitada conducta.
EDUARD. Viene usted á verme de parte de Laura?
D. COSM. No, señor; vengo á verle a usted de mi parte. No se ruboriza usted? No se avergüenza?
EDUARD. Ya lo vé usted; estoy tranquilo.
D. COSM. Turbar de esa manera mi tranquilidad, mis costumbres, mis.....
EDUARD. Já, já, já, ja!
D. COSM. Por lo visto ignora usted lo que ocurre en mi casa desde su desaparicion! Ya no hay un solo cuarto que no lo haya regado con sus lágrimas mi sensible mujer. Mi hija dá unos portazos que hace estremecer la

casa, y, lo que es peor aun, anoche eran las ocho y aun no estaba la comida dispuesta. Cree usted que esta situacion puede prolongarse mucho tiempo?

EDUARD. No, mi querido papá político, no.

D. COSM. Bien sabe Dios que no deseaba tener hijos; pero, por lo mismo, me ha regalado dos. Imposible es formarse idea de la perturbacion que han introducido en mi arreglada y metódica vida! Al llegar mis dos vástagos á la juventud, creia verme libre de todas estas calamidades, enviando á mi hijo al ejército, y á mi hija á la iglesia. Pero no señor, (Más alto.) le digo á usted que no señor! Mi hijo contrae deudas, y mi yerno se porta como usted sabe; se escapa de su casa; alquila y amuebla habitaciones para otras mujeres que no son la suya, y me deja con mi esposa y con mi hija. Esto es demasiado, caballero, esto es demasiado!

EDUARD. Vea usted qué casualidad, estoy de acuerdo con usted.

D. COSM. Sí señor, pero es preciso que esto concluya.

EDUARD. Cuanto antes, mi querido papá.

D. COSM. Veamos el medio.

EDUARD. Yo tengo uno eficaz. Desde el instante en que..... (Suena un campanillazo.) Oh, ahora es ella!

D. COSM. Ella, caballero? y tiene usted valor de decir en mis barbas..... Me voy, (Con ira.) me voy, no quiero verme frente á frente de esa mujer; eso seria un insulto, un..... Aunque ya soy anciano, me ruborizaria. (Se dispone á marcharse.)

EDUARD. Pero papá, si ella no es quien usted presume; la persona á quien aguardo, es.....

ESCENA IV.

Dichos y FEDERICO.

Federico se presenta en la puerta.

FED. Eduardo! Eduardo!

EDUARD. Federico! (Esto solo me faltaba!)

D. Cosm. Mi hijo!

Fed. (Asustado al pronto, se repone y corre á abrazarle.) Mi que rido papá!

D. Cosm. Señorito, quiere usted esplicarme por qué razon ha abandonado usted su regimiento?

Fed. Calla, papá, calla! Que nadie sepa..... Me he escacapado de Alcalá sin licencia y en traje de paisano, como ves, porque.... (Mirando con intencion á Eduardo.) porque tengo que hablar á Eduardo de un asunto muy importante y muy urgente. Ay, mi querido papá! Si supieras, si supieras.....

D. Cosm. Mira, haz el favor de no llamarme papá, con esos bigotes, es impropio.....

Fed. Pues bien, papá, te diré padre, querido padre! Y mi mamá? y mi hermana?

D. Cosm. No me hables de ellas.

Fed. Mira, podias hacerles un favor. Como son tan sensibles, si me ven entrar de pronto, van á creer que me ha ocurrido alguna desgracia; pero, si tú las previnieras, si tú les anunciaras mi llegada..... Dentro de media hora iré á darles unos cuantos abrazos.....

D. Cosm. Tienes razon, me voy. En cuanto á usted..... (A Eduardo.)

Eduard. (A D. Cosme.) Pásese usted por aquí y continuaré dándole las esplicaciones que tiene derecho á exigir de mí.....

D. Cosm. Ya se ve que volveré, y..... ay! de usted si no me esplica!....

Fed. (A D. Cosme.) No retardes la alegría de mamá. Díle que me prepare el cuarto, estoy rendido; y.....

D. Cosm. Otra incomodidad! Ah! Los hijos! Los hijos! Francamente: no sé para qué sirven. (Mirando con orgullo á Federico.) Y sin embargo, es muy guapo, muy.... Adios! Adios! (Vase por la derecha.)

ESCENA V.

EDUARDO y FEDERICO.

EDUARD. Vamos á ver! Qué es lo que tienes que decirme? Pronto, que tengo prisa.

FED. Entonces..... voy al grano. Ya conoces á la Juanita.

EDUARD. La *Juanita*..... una polka de Zabalza?

FED. No, Juanita Canela; esa pobre muchacha á quien has dado dos ó tres veces dinero de mi parte desde que estoy en Alcalá.

EDUARD. Sí; ya me acuerdo..... y qué?.....

FED. Nada, hombre; la obrecilla se ha muerto.

EDUARD. Lo siento mucho; pero..... francamente, á mí no me importa gran cosa.....

FED. Hombre! Por humanidad siquiera!.....

EDUARD. Te he dicho que estoy muy de prisa.....

FED. Pues entonces, escucha la postdata de la carta que me ha escrito su amiga íntima al participarme la triste noticia. (Leyendo.) «Qué se propone usted hacer de Augusto?»

EDUARD. Augusto! Qué nuevo personaje es ese?

FED. Chico! Francamente! Es un sobrino tuyo.

EDUARD. Un sobrino!

FED. Carnal. Por supuesto que él mismo lo demuestra. Es un chico completo. Tiene cuatro años y es el vivo retrato de su papá.

EDUARD. Con bigote y todo?

FED. No, hombre, no; pero ya ves mi situacion.

EDUARD. (Riéndose.) Pobre Federico!

FED. Qué quieres! Nos conocimos y nos amamos. Ella tenia diez y siete años; yo diez y ocho y.....

EDUARD. Y la moral? Quieres decirme qué es lo que has hecho de la moral?

FED. Mira, francamente; lo que yo necesito ahora es saber qué he de hacer con el chico.

EDUARD. Es gracioso!

FED. No he venido á verte con otro objeto. Como conoces, no he de llevarme el chico al regimiento. Y confesar á mi madre mi culpa..... Imposible! Ya sabes la rectitud de sus principios.

EDUARD. Se pondria furiosa..... Se estaria llorando un año entero.

FED. En cambio, tú eres mi amigo; estás casado con mi hermana..... Puedes hablarla..... Es mujer..... Algun dia sera madre, y..... ya ves. Nadie mejor que ella puede saber lo que hemos de hacer con el niño. Qué diablo! Entre los dos bien podeis ayudarme á proporcionarle una colocacion.

EDUARD. Tiene dos años y ya quieres que le busquemos un empleo?

FED. Pues yo no puedo dejarle en la portería de esta casa. La verdad es que está allí.

EDUARD. Desgraciado! Qué has hecho?

FED. Hombre! Cargar con el mochuelo. Qué habia de hacer?

EDUARD. Pues hijo, allá te las arregles. Yo, ni entro ni salgo.

FED. Piensa que serás padre algun dia, y entonces.....

EDUARD. Cuando lo sea, ya me las arreglaré.

FED. Qué desengaño! Y yo creia en tu afecto!

EDUARD. Has venido en el momento ménos oportuno. Estoy muy ocupado.

FED. Es decir, que me abandonas, que no quieres hacer nada por Augusto?

EDUARD. Hoy no; quizás mañana; quizás algun dia.

FED. Sí; pero es que el chico no puede pasar la noche en la portería.

EDUARD. Se me ocurre una idea. (Suena un campanillazo.) Oh! lo que es ahora es ella!

FED. Esperas á alguien?

EDUARD. Sí, y es preciso que te marches. (Entra José.)

EDUARD. (A José.) Es?

JOS. Sí, señor. (José se va por la puerta de la derecha.)

EDUARD. (A Federico.) Ven por acá; no quiero que te encuentre.

FED. Pero hombre! Y Augusto..... y Augustito?.....

EDUARD. Andad con mil demonios tu Augusto y tú..... (Le empuja por la puerta de la izquierda del fondo y se vá con él.)

ESCENA VI.

JOSE y LAURA.

JOS. Puede usted pasar, señorita.
LAUR. Cómo es eso? Tú aquí, José?
JOS. Sí señora; yo soy.
LAUR. Y el señorito?
JOS. Vendrá en seguida. Tome usted asiento.
LAUR. En esta casa? Nunca!
JOS. (Mucho decir es eso.)
LAUR. (Mirando en torno suyo.) Qué lujo! Cuántas luces! Esto es escandoloso!
JOS. Creo que el señorito espera á alguien esta noche, y...
LAUR. Alguien que va á venir?
JOS. Creo que ya ha venido.
LAUR. Ah! Está aquí mi rival? Vete, José. (Entra Eduardo. Mi esposo! (Se marcha José.)

ESCENA VII.

EDUARDO y LAURA.

EDUARD. Mi querida Laura?
LAUR. Conque es verdad, caballero, conque ha alquilado usted esta habitacion y la ha amueblado.....
EDUARD. Ya lo ves.
LAUR. (Continuando la frase anterior.) Para una mujer?
EDUARD. Para una sola.
LAUR. Pues; para una mujer á quien ama usted?
EDUARD. No; á quien adoro. Como que si te engaño, es por ella.

LAUR. Oh! Esto es indigno! En dónde está? Quiero verla; deseo confundirla. (A Eduardo.) No piense usted que me iré de aquí, no señor.

EDUARD. Lo celebro infinito.

LAUR. En cuanto la halle la sacaré los ojos. (Eduardo coge á Laura suavemente por los hombros y la coloca delante del espejo.)

EDUARD. Ahí la tienes delante. Serias capaz de atentar á esos hermosos luceros?

LAUR. Qué quiere usted decir?

EDUARD. No has comprendido aún, Laura mia, que la única mujer á quien amo, la dueña de esta casa, la reina de mi corazon eres tú?

LAUR. Aún tiene usted valor para engañarme?

EDUARD. Crees tú que si hubiera querido hospedar en esta casa á otra mujer habria dado las señas á José delante de tí? No has conocido que todo esto es un lazo que te he tendido para cogerte? Hubiera podido obligarte á seguirme, estaba en mi derecho; pero he preferido que vengas por tí misma, y, como acabas de decir, no te irás, porque estás en tu casa.

LAUR. En mi casa?

EDUARD. Sí, ya verás como no te engaño.

LAUR. (Parece que estoy soñando!) Eduardo, es verdad todo lo que me dices? (Se fija en un álbum de retratos que habrá sobre la chimenea.) Calle! este es mi retrato!

EDUARD. Dudas aún?

LAUR. No, ya no dudo. Cómo me has engañado!

EDUARD. Por tu bien.

LAUR. Conque este gabinete es para mí?

EDUARD. Sí, bien mio.

LAUR. Qué muebles tan preciosos! Con qué gusto está adornado este gabinete!

EDUARD. Tú me has inspirado.

LAUR. Pero qué significan estas luces? Esperas á alguien?

EDUARD. Todo esto es para tí. Puede haber alegría más completa para mi alma? No es justo que reciba de este modo á la reina de mi corazon? No conoces que te amo más que á mi vida?

LAUR. Y yo que sospechaba!.... Que te acusaba!....

EDUARD. Te lo perdono todo.

LAUR. (De pronto.) Ay, Dios mio! Ya me olvidaba!....

EDUARD. De qué?

LAUR. De mi mamá.

EDUARD. No te apures por ella. Mira, Laura: cada uno en su casa y Dios en la de todos. Nuestra separacion de tu familia era necesaria, precisa. Tu pobre madre sufrirá un poco, mucho, ya lo sé..... Ver partir á la adorada hija por quien se ha desvelado, que ha crecido á su vista..... Todo esto es horrible, constituye uno de los más crueles sacrificios; pero esta es la historia de todas las madres, y las más nobles, las más dignas, son las que se resignan desde el primer dia á decir con el poeta á la hija que se vá:

Vé, mi querida hija,
donde tu esposo espera.
Llévate la ventura,
déjanos el pesar;
que con saber que vives
feliz y placentera,
podrá tu madre triste
sus penas consolar.

LAUR. Tienes razon. Pero mi madre no se resignará nunca; todos los dias de su vida me echará en cara mi ingratitud y..... quién sabe si me maldecirá! Oh! es imposible, Eduardo! Yo te lo suplico! Volvamos á su lado!

EDUARD. Si quieres te acompañaré.

LAUR. Pero.....

EDUARD. Yo volveré á mi casa y me quedaré en ella..... De todos modos descansa unos instantes. (Eduardo llama con el timbre.)

LAUR. Qué haces?

EDUARD. Llamar á tu doncella.

LAUR. Cómo! Tengo doncella?

EDUARD. Pues es claro.

ESCENA VIII.

Dichos é ISABEL.

ISAB. Ha llamado la señora?

LAUR. (Es guapa y parece modosa.) Cómo es su gracia de usted?

ISAB. Isabel, para servir á usted.

LAUR. Bonito nombre.

ISAB. Desea la señora que le arregle el peinado?

LAUR. Qué, peina usted?

ISAB. Creo conocer suficientemente mis deberes, y si la señora desea que la vista ó quiere cambiar de traje.... Por de pronto me permitirá la señorita que la quite el velo y el abrigo. Oh! yo espero servir de tan buen grado y con tanta fidelidad á la señora, que al fin y al cabo, ó mucho me equivoco, ó lograré su estimacion. Voy á llevar estos objetos á la habitacion de usted, señorita. (Se marcha.)

ESCENA IX.

LAURA y EDUARDO.

LAUR. Sabes que me parece una jóven muy bien educada?

EDUARD. Como que está educada por mí!

LAUR. Y qué amable! Con qué agrado hace todas las cosas!

EDUARD. Por qué no le has dado órdenes?

LAUR. Si no me ha dejado tiempo de hablar! Ella se lo ha dicho todo.

EDUARD. Es necesario que la enseñes á escucharte y á obedecerte.

LAUR. Oh! no tengas cuidado; ya verás cómo me hago obedecer.

EDUARD. No lo dudo, pero entre tanto la verdad es que se ha llevado tu abrigo.

LAUR. Y tambien mi velo; no puedo marcharme. Voy, voy.....

EDUARD. Es inútil, despues se lo pedirás. Mañana..... cuando tú quieras.....

LAUR. Pero Eduardo, crées tú posible que pueda yo disfrutar de la felicidad que me ofreces, sabiendo que mamá vive afligida, desesperada? (Se pasean del brazo.)

EDUARD. Ciertamente que lo mejor seria que todos estuviéramos contentos, pero..... Vete á contentar una mamá política! (Se sientan en el sofá.) Sin embargo, no desespero de apaciguarla y de..... tengo cierto proyecto.

LAUR. Cuál?

EDUARD. No te lo digo. Podrias hacerme la oposicion.

LAUR. Por qué?

EDUARD. Porque es absurdo.

LAUR. Oh! si es absurdo, no producirá efecto.

EDUARD. Quién sabe? Estamos en España.

LAUR. Sabes que soy muy feliz? Hace ya tiempo que estamos casados, y, sin embargo, á cada instante voy descubriendo nuevas venturas, nuevas felicidades que yo ignoraba.

EDUARD. Eso consiste en que me habias dado tu mano, pero no tu corazon.

LAUR. Puedes dudar de mi cariño?

EDUARD. No; ya lo sé. Pero hasta ahora me has amado como la niña de 8 años ama á su muñeca favorita.

LAUR. Anda, malo! Pero ahora te diré la verdad. Siento en mí algo nuevo y me parece que te amo más que ántes, porque la emocion que esperimento es.....

EDUARD. Calla, que viene José! (Entra el criado con un velador servido para dos cubiertos.)

LAUR. Qué es esto?

EDUARD. Si no te opones, comeremos hoy en tu gabinete. (Aparte.) Mira, José, vete y no vengas hasta que te llamemos.

JOS. (Ya! ya estoy!) (Váse José.)

EDUARD. (A Laura.) Ya verás, ya verás con qué gusto vamos

á comer hoy. Ah! desde que nos hemos casado es hoy la primera vez por voy á comer á gusto.

LAUR. Ostras y todo!

EDUARD. Para abrir el apetito. Ah! déjame que te contemple. Soy tan feliz al lado tuyo!.... No te encanta esta soledad? Lo que es ahora, no nos molestarán, yo te lo aseguro. (Suenan dos fuertes campanillazos.) Han llamado.

LAUR. Qué fastidio! (José entra precipitadamente.)

JOS. Doña Efigenia; doña Efigenia. (Se va el criado.)

LAUR. Mi mamá! Ay, Dios mio! Si me vé aquí.....

EDUARD. No tengas cuidado, yo recibiré la primera descarga. Vete á tu cuarto y confia en mi elocuencia. (Laura se vá por la puerta de la izquierda y Eduardo sale al encuentro de Doña Efigenia.)

ESCENA X.

EDUARDO y DOÑA EFIGENIA.

D.ª EFIG. No se asuste usted, caballero; no se asuste usted; no vengo á arañarle, ni á sacarle los ojos, como dicen que hacen las suegras.

EDUARD. Así lo creo. (Pues no faltaba otra cosa.)

D.ª EFIG. No tema usted que le reconvenga, aunque su conducta lo merece; pero nó, no señor, estoy muy tranquila. Y eso que un marido que abandona á su esposa por una mujer que no sabemos quién será..... Perdone usted mi indiscrecion. Vengo solamente movida por el amor que profeso á mi hija. (Eduardo la ofrece una silla y se sientan.) Ella posee, como yo, una imaginacion y un alma ardiente; las impresiones más insignificantes pueden ser funestísimas para ella. Ahora bien; como sabe las señas de esta casa, querrá venir para persuadirse de la infidelidad de usted; vendrá á sorprenderle..... y yo, como madre, deseo ahorrarle este dolor. Ah! Solo una madre puede curar las he-

ridas ocasionadas por un marido! Y movida de este deseo, vengo á ponerme de acuerdo con usted para que inventemos una mentirilla..... cualquier cosa, á fin de engañarla..... Esto es todo lo que le pido á usted. No me niegue usted, por piedad, caballero, el placer de engañar á mi hija para que no sufra.... Ya ve usted á lo que reduzco mis aspiraciones! Ya ve usted á lo que vengo!

EDUARD. A ser cómplice de mi infamia? Señora, permítame usted que le diga que eso es inmoral.

D.ª EFIG. Cierto, engañar á mi hija..... pero su felicidad es primero, y nada hay que por ella no sacrifique.

EDUARD. Es decir, que ha venido usted á ponerse de acuerdo conmigo?

D.ª EFIG. Sí señor, sí señor.

EDUARD. Es usted la más buena de las suegras! Casi, casi me dan ganas de darle á usted un abrazo.

D.ª EFIG. Caballero!

EDUARD. Ha despertado usted terribles remordimientos en mi alma.

D.ª EFIG. Es posible? Se arrepiente usted?

EDUARD Sí, pero no de lo que usted cree.

D.ª EFIG. Y sin embargo, le seria á usted tan fácil volver al buen camino!.... La oveja descarriada.....

EDUARD. Perdone usted, señora, pero yo no tengo nada de oveja ni de cordero.

D.ª EFIG. Vamos á ver, Eduardito, para qué quiere usted esta casa y estos muebles? Ah! Por qué no vuelve usted á nuestro hogar?.... Siempre encontrará en él la puerta abierta el hijo pródigo!

EDUARD. Me estan dando unas ganas de decirle la verdad!)

D.ª EFIG. No me responde usted? Cómo ha de ser, paciencia! Yo le diré á usted la idea que se me ha ocurrido.

EDUARD. Una idea..... usted tiene ideas?

D.ª EFIG. Una idea escelente: Dios dá á las madres fuerzas para todo. Verá usted, yo diré á Laura que ha preparado usted esta habitacion para su hermano Federico. (Eduardo hace un movimiento como si se le ocurriera una idea.) Supongo que no me desmentirá usted. (Pausa.—Eduardo permanece inmóvil y D.ª Efigenia llora.)

Ah, Dios mio!.... Qué desgraciada soy!.... Pobre hija mia!.... Y eso que usted juró hacerla dichosa.

EDUARD. Cumpliré mi promesa, se lo aseguro á usted; aun diré mas..... ya está cumplida! (Se levantan.)

D.ª EFIG. Y tiene usted valor de decir eso, cuando veo aquí nada ménos que dos cubiertos?

EDUARD. Y bien?....

D.ª EFIG. Esto no puede soportarse, uno para usted, y otro para.....

EDUARD. Pues uno para ella y otro para mí.

D.ª EFIG. Adios, caballero, adios para siempre. (Laura se presenta.)

ESCENA XI.

Dichos y LAURA.

LAUR. Mamá! mamá!

D.ª EFIG. Hija mia! Tú aquí? Ah! ya me figuraba que vendrias.

LAUR. Estoy en mi casa.

D.ª EFIG. En tu casa? Qué dices?

LAUR. Ibamos á comer cuando has entrado. No te lo ha dicho Eduardo?

D.ª EFIG. No me engañas? Es posible?

LAUR. Lo que oyes.

D.ª EFIG. Caballero, se ha gozado usted en mi desesperacion.

EDUARD. (Llegó el momento crítico.)

D.ª EFIG. Hable usted, por piedad!.... Qué es lo que yo le he hecho!.... Soy, por ventura, una de esas madres, una de esas suegras impertinentes, desagradables, entrometidas, como las pintan en las comedias, y como yo conozco algunas, á las que, afortunadamente, no me parezco? Por ventura, he hablado á mi hija en contra de usted? La he alejado de su lado? No, al contrario: yo he sido siempre una madre buena, afectuosa, y solo he vivido para usted y para mi hija. He reclamado para mí los disgustos, y he otorgado á us-

ted todos los placeres..... y aun he hecho mas. En muchas ocasiones, le he defendido á usted cuando mi hija le acusaba. Hay muchas suegras que obren de esta manera? Por qué, pues, á pesar de sus promesas, quiere usted arrebatarme á mi hija?

EDUARD. (Esta mujer va á enternecerme.) Efectivamente, señora, usted es un modelo de virtudes y de bondades, pero..... yo soy todo lo contrario; tengo un genio díscolo, un carácter insociable; y comprendiendo mis defectos y no creyendo justo hacer á usted víctima de mi insociabilidad, he preferido vivir solos.

D.ª EFIG. Qué chasco me he llevado con usted!

LAUR. Pero mamá, no le creas! Si te está engañando!

D.ª EFIG. Ya sé á qué atenerme, hija mia. Veo que estorbo aquí y me marcho.

LAUR. Pero mamá!.....

EDUARD. Crea usted, señora, que tendremos un placer en..... pues, en recibirla siempre que se digne honrar nuestra morada.

LAUR. Yo iré á verte todos los dias.

D.ª EFIG. No, yo vendré..... (Movimiento de despecho de Eduardo.) Aunque es inútil que te molestes por mí. Mejor será que no nos veamos nunca. Así estará más contento tu marido. Por lo demás, yo sé perfectamente que no tardarás en olvidar el camino de la casa donde has nacido. Por desgracia, el olvido de los hijos es la recompensa de las madres. Adios. (Váse por la derecha.)

ESCENA XII.

EDUARDO y LAURA. Despues ISABEL y JOSÉ.

LAUR. Cómo! y la dejas marchar? Es eso lo que me has prometido?

EDUARD. (Esa mujer me vá á hacer perder la cabeza!)

LAUR. Pero no ves que se va á morir?

EDUARD. Que se muera!

LAUR. Ay, Dios mio, cuanto sufro! (Se deja caer sobre una butaca.)

EDUARD. (No faltaba otra cosa; ahora le va á dar un síncope. Digo, ya le ha dado.) Laura, hija mia, vuelve en tí.

LAUR. (En el síncope.) Mamá! mamá!

EDUARD. Qué hacer, Dios mio? Si hubiera aquí un pomito de ether. (Coge una botella de las que están en el velador.) Esta es de vinagre. Qué torpe soy! (Llama con el timbre y aparecen José é Isabel.)

JOS. Calle! le ha dado un patatús á la señora!

EDUARD. Qué es lo que se hace en estos casos? Vamos á ver, decídmelo.

JOS. Llamar á la mamá de la señora.

EDUARD. Mira, Isabel, corre á buscar á doña Efigenia. Haz el favor de decirle que yo le ruego que venga inmediamente. (Isabel se marcha.)

EDUARD. (A José.) Sabes tú algun remedio que equivalga á mi suegra mientras viene?

JOS. Sí señor, el vinagre.

EDUARD. Pues trae vinagre. Válgame Dios! Válgame Dios! Pero, Laura, vuelve en tí!

ESCENA XIII.

Dichos, DOÑA EFIGENIA é ISABEL.

D.ª EFIG. Me llama usted? Ay, Dios mio, mi hija!

EDUARD. Qué se hace en estos casos, señora?

D.ª EFIG. Un elixir cualquiera. Aquí tengo un pomito, eso no será nada. (A Eduardo.) Haga usted un poquito de thé muy ligero, muy ligerito.

EDUARD. (A Isabel.) Haga usted un poquito de thé muy ligerito, muy ligerito. (Vánse Isabel y José.) Me parece que ya abre los ojos.

LAUR. Mamá, mamá, no me abandones, no me abandones.

D.ª EFIG. Oh! ahora sí que te ofrezco no abandonarte nunca.

EDUARD. (Pues señor, el remedio es peor que la enfermedad.) (A Laura.) Te encuentras mejor?

LAUR. Mucho mejor.

D.ª EFIG. Eso no será nada, se pasará en seguida; pero por si ocurre algo, me quedaré esta noche.

EDUARD. (Pues señor..... está visto: las suegras pertenecen á la familia de las moscas.)

D.ª EFIG. (A Laura.) José me pondrá una cama en tu cuarto.

EDUARD. Y yo?

D.ª EFIG. Usted permanecerá en el gabinete, en la sala, en cualquier parte. (Se quita doña Efigenia el velo y el abrigo, etc., etc.)

EDUARD. (Eso es, en la perrera..... en la..... Pues señor, todo ha sido inútil; se instala en mi casa. Esto es demasiado! Pues qué, un pobre marido, que no ha hecho daño á nadie, no puede vivir tranquilo en su casa?) (Se oye llorar á un niño en una habitacion próxima.)

D.ª EFIG. (Sorprendida.) Se oye llorar á un niño!

LAUR. Un niño aquí?....

EDUARD. (Ese debe ser Augusto, Augustito; je, je, je.)

LAUR. Caballero, me esplicará usted?....

ESCENA XIV.

Dichos y FEDERICO, entrando.

FED. Eduardo, Eduardo.

D.ª EFIG. Cielos, mi hijo!

FED. Mi mamá!

D.ª EFIG. Eras tú el que lloraba?

FED. Yo, mamá! Un militar! Mira, Eduardo, tú que tienes maña, haz el favor de entrar en ese cuarto á ver si haces callar á la criatura.

EDUARD. Pues no faltaba más!

LAUR. Es decir, caballero, que me ha querido usted separar de mi madre para hacerme cómplice de sus faltas?

EDUARD. Qué es lo que estás diciendo? Cómo? Tú acusas á tu marido de.....

LAUR. (Pasando al lado de doña Efigenia.) Ay, mamá, mamá; no sé por qué, pero me figuro que Eduardo debe ser el padre de esa criatura.

D.ª EFIG. Ven, hija mia, á mis brazos!

EDUARD. Lo que es eso no lo consiento. Ese chico no es mio.

FED. (Tirando de la levita á Eduardo.) (Hombre, por Dios!)

EDUARD. (Déjame en paz!) (Alto.) Ese niño que llora es un hijo de su hijo de usted.....

D.ª EFIG. Cómo! Es eso verdad? (Pasa al lado de Federico y le dice aparte.) (Di que sí.)

FED. Pues ya se vé que sí; sí señora, es mi hijo.

D.ª EFIG. (A Laura.) Ya lo ves; te has alarmado sin motivo.

LAUR. Usted quiere engañarme, pero no es posible.

D.ª EFIG. (A Eduardo.) (Ayúdeme usted; es necesario ocultarle la verdad.)

EDUARD. Basta ya de tapujos, señora! Laura, voy á descorrer el velo.

D.ª EFIG. No lo descorra usted, por Dios!

EDUARD. Federico ha venido esta noche á decirme que una pobre muchacha á quien ha amado.....

FED. Pues..... Juanita Canela.....

D.ª EFIG. (Bravo; bien, bien!)

FED. Ha muerto.

D.ª EFIG. Perfectamente.

LAUR. Cómo es eso, mamá? Te alegras de su desgracia?

D.ª EFIG. Sigue, hombre, sigue.

EDUARD. Ha muerto, dejando un hijo.

LAUR. De mi hermano? Imposible! Es espantoso.

FED. Qué dices, si es hermoso como un lucero.

EDUARD. Ese niño se llama Augusto.

FED. Como el emperador romano.

D.ª EFIG. (Aparte á Federico.) (Bien, muy bien; estás desempeñando el papel admirablemente!)

LAUR. Pero mamá.....

D.ª EFIG. Eduardo, siga usted la narracion.

EDUARD. Apenas ha sabido Federico esta desgracia, ha venido á Madrid, sin licencia siquiera.....

D.ª EFIG. Pues, á implorar mi perdon. Pero yo me he puesto furiosa al saberlo, y he tratado tan mal á mi pobre hijo.....

FED. (Qué es lo que está diciendo?)

D.ª EFIG. Que al ver que yo no me apiadaba, ha venido á buscar á tu marido para implorar su proteccion. Pero ya estoy arrepentida. Pobre niño! él no tiene la culpa! Así es que..... delante de ustedes quiero decir á mi hijo la resolucion que he tomado. Federico, yo me encargo de la criatura y perdono al culpable.

FED. (Le dá un fuerte abrazo.) Ah, mamá de mi alma! Qué buena eres! Te juro que no lo volveré á hacer más.

D.ª EFIG. (Con asombro.) Pero, qué, es verdad que ese niño es tuyo?

FED. Es tu nieto.

D.ª EFIG. Ahora salimos con esas?

FED. Mira, mamá, esta carta, y te convencerás. (Le enseña una carta y se va por el foro izquierda.)

D.ª EFIG. (Despues de leerla.) Dios mio! Y yo estaba engañando á mi hija para ahorrarla una pesadumbre!

EDUARD. Por la misma razon, Dios la premia á usted dándole un nieto.

D.ª EFIG. Poco á poco, yo no consentiré jamás.....

FED. (Vuelve con un niño de cuatro años en brazos.) Mira, mamá, mira qué guapo es.....

D.ª EFIG. Calla! pues es verdad; pero está un poco pálido!

EDUARD. Los malos alimentos.

FED. Como Juanita vivia de la aguja..... el chico está hecho un hilo; pero, con los cuidados de usted, se pondrá gordo.

D.ª EFIG. Ah! sí, sí, será preciso cuidarle mucho. Ya se vé que el pobrecito ha sufrido!

EDUARD. Tranquilízate, Federico, tu hijo no quedará sin padres: yo le prohijo, yo le adopto. (Le coge de la mano y se lo lleva al lado de Laura.)

D.ª EFIG. Cómo se entiende! Cargar con una criatura ajena, cuando quizás va usted á tenerla propia muy en breve? No señor, yo soy quien me encargo del niño. (Coge á su vez al niño y se lo lleva.)

EDUARD. Señora, es imposible. Ese niño ha venido á mi casa y me pertenece de derecho. (Repite el juego anterior.)

FED. Eh, poco á poco, no me estropeeis el chico.

D.ª EFIG. Yo soy su abuela y tengo obligacion de ampararle...

y si no, que decida mi hijo. No es verdad que me lo das á mí?

FED. Adjudicado á mi mamá.

D.ª EFIG. (D.ª Efigenia se sienta con el niño en brazos.) Afortunadamente, conservo la cuna en que dormia tu hermana. Puedes volver tranquilo al regimiento; no le faltará nada al niño. Ah! es tan mono!

EDUARD. Solo el corazon de una madre puede encerrar ese tesoro de ternura.

D.ª EFIG. Sabes qué estoy pensando, Federico? Que el niño necesitaria aire puro. Estamos ya en la primavera, y seria conveniente que le lleváramos á Carabanchel.

FED. Como usted guste.

LAUR. Cómo! mamá, serás capaz de abandonarme?

D.ª EFIG. Ya ves, es necesario. El pobrecito niño tiene que restablecerse; pero nos veremos de vez en cuando. La educacion del niño exige mucho tiempo y.....

FED. (A Eduardo.) (Hombre! parece mentira que le haya entrado Augusto por el ojo derecho á mi madre.)

EDUARD. Pues ya lo ves, le ha entrado!

D.ª EFIG. Además, tú ya no necesitas de mí: tienes un marido; me voy, me voy. Ah! (A Eduardo.) Dí á tu doncella que se venga conmigo para que lleve el niño en brazos hasta casa; pero será preciso taparle bien. (Se quita un fichú del cuello, y se lo pone al niño.) Corre un vientecillo muy frio. Es de noche, y podria resfriarse.

FED. Sí, mamá, sí, tienes razon.

D.ª EFIG. Que le pongan un manton de tu hermana para abrigarle bien. (Váse Federico con el niño.)

ESCENA XV.

DOÑA EFIGENIA, LAURA, EDUARDO, DON COSME, y despues FEDERICO.

EDUARD. Adios, mi suegro!

D. COSM. Sí señor. Aquí estoy. Vengo á ver si termina usted las comenzadas explicaciones.

EDUARD. Con dos palabras quedará usted satisfecho. Mi mujer y yo estamos aquí en nuestra casa.

D. COSM. Qué significa esto?

D.ª EFIG. Ya lo oyes. Han tomado esta habitacion para vivir solos. Qué puede haber en esto que te admire?

D. COSM. Al contrario: todo esto me entusiasma, porque así viviré más tranquilo. (Entra Federico.)

FED. Mamá, ya está Isabel esperando con el niño.

D. COSM. Qué niño?

D.ª EFIG. Augusto.

D. COSM. Augusto?

D.ª EFIG. Es un niño que he tomado á mi cargo. Ya te diré el motivo,

FED. Sí, papá; mamá te esplicará.....

D. COSM. Otro muchacho en mi casa? Ah! Conque es decir que vamos á empezar de nuevo con los lloriqueos, el sarampion, los juguetes y los caprichos?

D.ª EFIG. Mañana mismo nos vamos á Carabanchel.

D. COSM. A Carabanchel? No es posible. Abandonar yo mi costumbre de ir al Casino!

D.ª EFIG. La salud del niño, es lo primero.

D. COSM. Pero hombre, qué niño ni qué?..... Quieren ustedes esplicarme.....

FED. Ya te lo explicaremos todo despues.

D.ª EFIG. Vamos, vamos, que estará en la antesala el pobre niño y se puede enfriar. Adios, Laura, adios, hija mia! buenas noches, Eduardo. Vamos, Cosme.

D. COSM. Pero.....

D.ª EFIG. Mira que si no lloro!....

D. COSM. (Ante la amenaza de doña Efigenia se decide á partir.) Ah! Voy.... voy..... (Vánse D. Cosme, D.ª Efigenia y Federico.)

ESCENA ULTIMA.

LAURA, EDUARDO.

LAUR. Y se vá?

EDUARD. Sí, Laura mia.
En ese niño ha encontrado

Lo que mi amor le ha robado:
La ventura, la alegría!
Cuesta á una madre perder
La costumbre de mimar,
Porque es padecer y amar
La historia de la mujer;
Mas Dios, que por todo vela,
Al dar á la suegra un nieto,
Le alcanza amor y respeto
Con el título de abuela.

FIN

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid.—En la contaduría del Teatro Español, calle del Príncipe, y en la librería de los señores viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

En provincias.—En casa de los corresponsales de la Agencia del *Repertorio Moderno*, ó pidiendo las obras directamente á los directores gerentes de la Agencia, Teatro Español, Madrid.

PRECIO DE ESTA OBRA, 1,50 PESETAS.